

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

La Dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES

Dr. Wenceslao Urdapilleta
Por la Facultad

Isidoro Martínez
Por el Centro de Estudiantes

José S. Mari
Por el Centro de Estudiantes

SECRETARIO DE REDACCION
Carlos E. Daverio

REDACTORES

Dr. Emilio S. Bottini
Dr. Julio N. Bustamante
Por la Facultad

Rodolfo Rodríguez Etcheto
Por el Centro de Estudiantes

José M. Vaccaro
Por el Centro de Estudiantes

Año XIX

Enero, 1931

Serie II, N° 114

DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

de Baltasar Brum

La crisis europea

El progreso obtenido por algunos países americanos, acompañado de la consiguiente valorización de sus tierras, impone el cambio de la orientación económica hacia el proteccionismo industrial, como medio de atender al aumento de la población y a las justas exigencias de un bienestar siempre creciente. Antes, cuando aun estaban despoblados y sus tierras carecían de valor, podían subsistir con el producido de la materia prima — elaborada en Europa y, luego, introducida en artículos manufacturados — Ese régimen daba a Europa una gran fuerza económica y militar porque sus industrias fabriles — con amplios mercados consumidores — permitían alimentar a sus poblaciones, y sus capitales se colocaban en el exterior en provechosas concesiones públicas.

El progreso a que aludo plantea este problema a Europa: sus industrias fabriles requieren materia prima barata que no podrá obtenerse en los países en que se hayan encaecido la tierra y la mano de obra y que, sin exponerse a la ruína, deben reducir el consumo de productos extranjeros le fácil fabricación.

Ahora, bien; los dominios británicos, los Estados Unidos, numerosas repúblicas americanas, han progresado en tales proporciones que les resulta antieconómica la producción en gran escala de la materia prima a bajo precio; y, por lo tanto, se orientan hacia la producción intensiva y al proteccionismo para desenvolver sus industrias.

Esta nueva tendencia económica empieza a generalizarse y como resultado se restringen los mercados de consumo para los artículos manufacturados europeos, mercados que no podrá abrirse por la fuerza como antes de la Gran

Guerra, debido al debilitamiento militar del viejo Continente y el poderío de los Estados Unidos.

Los industriales de Europa no advierten ese cambio, el problema de la desocupación — complicando los de carácter social — se les plantea por doquier. Pretenden resolverlo por los métodos clásicos, sin advertir que los mercados consumidores se cierran fatalmente con el “proteccionismo” industrial que, a su vez, es impuesto por el progreso alcanzado por el justo afán de mejoramiento de sus pueblos en unos casos, y en otros, que no lo practican, por la disminución del poder adquisitivo de sus monedas, que se origina cuando se exportan materias primas depreciadas y se importan artículos manufacturados.

Antes del desarrollo industrial de Europa el problema de la desocupación se resolvía por la emigración. El rápido desarrollo fabril permitió evitarla, acreciéndose el poderío económico y militar de sus países. Ahora, como los dominios británicos, los Estados Unidos, la mayoría de las naciones americanas — grandes mercados consumidores de Europa — han evolucionado o evolucionan, rápidamente, hacia las industrias, las potentes maquinarias europeas reducen su producción y desocupan a sus obreros. La inevitable desocupación en Europa acabará por arruinarla si en cierto modo “no vuelve a lo antiguo”, es decir, si no se decide a facilitar la emigración y a renunciar al excesivo poderío militar. Podrá conservar cierto prestigio económico si permite la emigración de hombres y si, para eludir las trabas aduaneras, sitúa, pacíficamente, sus fábricas y sus capitales dentro de las fronteras de los países proteccionistas. Así, proporcionará trabajo a sus propios nacionales, y gozará de las ventajas derivadas de las altas tarifas aduaneras — contribuyendo al engrandecimiento de sus antiguos clientes — con la obtención de dividendos en sus actividades fabriles locales que sustituyan a los que antes obtenían de las pingües concesiones públicas en el exterior.

Algunos industriales europeos y norteamericanos, advertidos de ese fenómeno, han instalado en la América Latina fábricas locales al amparo de las leyes proteccionistas, para aprovechar los mercados internos. Quienes no los imiten de inmediato, quizás no lo puedan hacer más adelante, porque el desarrollo industrial de los pueblos americanos acabará por alcanzarse con el esfuerzo exclusivo de sus habitantes que cuentan, para ello, con recursos suficientes.

El Uruguay, por ejemplo, ha desenvuelto, con éxito sorprendente, el dominio industrial del Estado, mediante la organización del Banco de la República, el Banco Hipotecario, el Banco de Seguros, el Frigorífico Nacional, el Monopolio de la energía eléctrica, Ferrocarriles del Estado, y su dominio industrial será ampliado en breve, con los Teléfonos Automáticos, la Refinería del Petróleo, Fabrica de Portland, Monopolio del Alcohol, completado ese régimen con grandes carreteras que abaten los fletes y con la construcción para el Estado de las obras de aprovechamiento hidroeléctrico del Río Negro, que costarán 5.500.000 libras esterlinas. En pocos años, el Uruguay ofrecerá a la inmigración de hombres y capitales un magnífico campo de acción económica, completado por una casi perfecta legislación obrera, que ha tenido la virtud de establecer "la paz social". Todavía se ofrece en este país, una posibilidad para que el industrialismo europeo se adapte a las nuevas modalidades de su economía.

La tendencia del Uruguay a disminuir la producción de materia prima de poco valores y la importación de valiosos artículos manufacturados — como medio de responder a las exigencias de su progreso y al bienestar de sus habitantes — se va a generalizar en el Mundo. Cuando esto ocurra, se habrá producido la decadencia militar de Europa por la emigración, y se alcanzará la paz mundial mediante una mejor distribución de los habitantes en la tierra, que ya no se efectuará como ocurrió hasta ahora, por la conquista, sino por el reconocimiento del derecho de

todos los pueblos, grandes o pequeños, a
prosperar y a asegurar su bienestar,
en una perfecta solidaridad,
lograda con la desaparición de los odios
raciales y religiosos.

Montevideo, 1931

